NÚM. 3. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 15 DE ENERO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

Decididamente la batalla de los Castillejos, de que hablamos en nuestro número anterior, fue la mas encarnizada, sangrienta y porfiada que se ha reñido en esta guerra. Los escuadrones de húsares se cubrieron de gloria; el regimiento infantería de Córdoba, y en general todos los de la division Prim, se condujeron admirablemente, y las tropas del segundo cuerpo que entraron en accion, nada dejaron que desear. Nuestras fuerzas en el combate ascendieron á 15,000 hombres, de todas armas; las de los moros á mas de 30,000, y sin embargo, los marroquíes quedaron tan escarmentados, que en ocho dias apenas han vuelto á molestar al ejército, el cual ha seguido avanzando, y ni aun han defendido los pasos difíciles y peligrosos del monte Negron, que nuestras tropas atravesaron sin disparar un tiro. El 10, á orillas del rio Capitanes, que se encuentra al otro lado de este monte y entre él y Cabo Negro, hubo una pequeña accion, en que el segundo cuerpo que iba de vanguardia, rechazó prontamente y con gran pérdida al enemigo; y el 12 llegó á presentarse con mas fuerza de infantería y caballería atacando el centro de nuestras tropas. Treinta piezas de artillería y varias cargas á la bayoneta le dieron á conocer su impotencia, y corrió á refugiarse detrás de Cabo Negro, á donde se encaminaban nuestras tropas á la fecha de las últimas noticias. La distancia desde este punto á Tetuan viene á ser como de dos leguas en terreno de vega, cubierto de arbustos y mezclado de huertas, jardines y casas de campo, que la larga ocupacion de las hordas marroquíes probablemente habrá destruido. De suerte que si el huracan y la lluvia lo permiten, cuando este número llegue á manos de los lectores, el ejército se hallará á la vista de Tetuan.

Ya habria llegado sin el horroroso temporal que comenzó el 7 y duró hasta el 11 del corriente. La escuadra que se hallaba á las inmediaciones de Cabo Negro, hubo de abandonar aquel punto y salir á alta mar; fue necesario suspender el embarque de la division Rios que el 8 deberia haberse unido en Cabo Negro al ejército de sitio, y este quedó en sus posiciones racionado para cinco dias aguardando que el tiempo le permitiese continuar la série de sus triunfos. Los naufragios que el vendabal ha ocasionado son muchos, especialmente en buques mercantes; hemos perdido el vapor *Santa Isabel*, en la playa de Algeciras, y la goleta de guerra *Rosalia*, que varó en la costa de Cabo Negro. Pero el 11 cedió el temporal y los trasportes que conducian víveres, municiones y forraje al ejército, pudieron acercarse á la costa. El jefe de las fuerzas navales saltó en tierra para conferenciar con el general O'Donnell y entre tanto la division Rios se preparaba para el embarque que debe haber ya verificado.

Ademas de la division Rios marcharán en breve á reforzar el ejército de Africa los batallones de voluntarios que se forman en Cataluña y los tercios vascongados que manda el valiente general Latorre. Estos tercios se hallan ya en su mayoría dispuestos para el embarque, armados, uniformados, y provistos de todo lo necesario. El general Latorre, con la actividad que le distingue, ha sabido vencer los obstáculos que se oponian á la organizacion de estos cuerpos, y llevará al Africa una lucida division, ansiosa de compartir los laureles del resto del ejército.

Se presentarán, pues, sobre Tetuan, segun todas las probabilidades la division Prim, la division Rios y los cuerpos segundo y tercero del ejército. El primer cuerpo queda en los reductos del Serrallo que supo formar, defender y conservar con tanto heroismo, resistiendo solo el primer empuje de los moros, que no sabiendo aun con qué clase de enemigos tenian que habérselas, creian fácil la victoria. Hoy aquella posicion está bien fortificada, pero su grande estension hace necesario un cuerpo de ejército para guardarla y á nadie mejor que á quien la supo ganar y mantener contra enjambres de enemigos, puede confiarse la custodia de una posicion que es la base de las operaciones de la campaña.

El Serrallo forma actualmente el centro de la estension que ocupan los campamentos del primer cuerpo. Saliendo de Ceuta, y á media legua de distancia al Occidente, se encuentra la Mezquita. A mil doscientos metros al Sudoeste se halla el reducto llamado del Príncipe Alfonso, que forma la estrema izquierda del campo y que dista unos seiscientos metros del Mediterráneo. Al Oeste se ve el reducto Francisco de Asís, el mas avanzado, y que forma el frente del campamento, dejando á su izquierda el boquete de Anghera: al Noroeste el reducto de Isabel II y al Norte la casa del Renegado, completan el recinto, que tiene al Sur el Mediterráneo, al Nordeste el Estrecho y al Este la plaza de Ceuta. Pues bien, á unos mil trescientos metros de la Mezquita, en direccion Occidental y á unos mil seiscientos del reducto Francisco de Asís, en direccion Oriental, está el Serrallo en medio de cuatro barrancos, dos á la derecha y dos á la izquierda, y de otras cuatro fuentes que nacen cerca de ellos. El edificio conocido con aquel nombre, es un palacio antiguo y hoy arruinado, construido para residencia del sultan marroquí cuando los sultanes marroquíes tuvieron la pretension de reconquistar á Ceuta. En la época de su construccion ocupaba una área bastante estensa, pero hoy no quedan de la mitad del alcázar sino los cimientos y algunos patios interiores de paredes derruidas. El lado que mira á Ceuta se conserva sin embargo en pié y tiene una elegante torre morisca, en que desde el dia 19 de noviembre ondea la bandera española. En este edificio tenian los moros una guardia avanzada y un alcaide que la mandaba y vigilaba los movimientos de la plaza.

Despues de los sucesos de la guerra y de los temores causados por el temporal, ninguna otra novedad ha ocurrido en la semana que haya llamado grandemente la atencion pública. Las cosas de Italia siguen tan oscuras como siempre, y el folleto *el Papa y el Congreso* continua produciendo sus efectos. El papa le ha condenado oficialmente, y el congreso no sabemos si se reunirá todavía.

Los teatros nos han ofrecido *el Padre de los pobres*, y algunas zarzuelas nuevas. *El Padre de los pobres*, representado en el Circo, es un drama del señor Eguilaz, no ciertamente de los mejores: el protagonista es San Juan de Dios, y como santo, naturalmente hace milagros en la escena, único lugar en que nosotros los prohibiríamos si pudiéramos. Los bellos pensamientos que el autor hace espresar al santo; los buenos consejos que da á las jóvenes próximas á sucumbir y á los libertinos que han sucumbido, no bastan á cubrir los defectos de la inverosimilitud y languidez de la accion.

En la Zarzuela se estrenaron la otra noche *Los dos*

primos, letra de don Ricardo de la Vega y música de Fernandez Caballero: tanto una como otra agradaron y habrán agradado mas en las sucesivas representaciones. *La franqueza*, otra zarzuela, con chistes algo picantes, se salvó por la Zamacois, Obregon y Caltañazor.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TUMBAS ÁRABES CERCA DEL CAIRO.

No vamos á hacer hoy detenidos estudios sobre la arquitectura árabe, que quizá algun dia serán esclusivo objeto de nuestros artículos. Vamos solamente á indicar los adelantos y progresos que el arte mahometano hizo en las apartadas regiones donde se alzan como perennes testimonios de la cultura que alcanzó el pueblo de Ismael, los ricos monumentos de Bagdad, Baalbu, el Cairo, Alejandría, y otros muchos que no por mas desconocidos son menos importantes para el artista y el historiador.

En vano buscaremos en la vida de los árabes anterior á la adopcion del mahometismo, vestigio siquiera de su arquitectura. Si bien no todos llevaban la existencia nómada de los pastores, pues hasta en su lenguaje determinaban de distinto modo al *árabe de las tiendas* y *al árabe de la ciudad*, los que pertenecian á la última clase, etiopes en su mayor parte que se alzaban en continuas revueltas con las pequeñas poblaciones de sus señores, no cultivaron la arquitectura de tal modo que sus obras se trasmitieran á la posteridad; pudiendo asegurarse que de época anterior á Mahoma no existe hasta el dia monumento alguno que acredite lo contrario.—En vano las tradiciones árabes hablan de las construcciones de los pueblos de *Ad*, que con *Themud* y *Tasm* fueron segun su creencia destruidos por la cólera de Dios, pueblo de gigantes á los cuales pertenecian esos monumentos colosales que en casi todas las regiones del mundo primitivo se encuentran, ya socavadas en la roca, ya compuestos de inmensos y toscos pedazos de piedra. Con razon Pascal Coste, siguiendo al concienzudo *Ebn-Khaldun* dice que estas construcciones no pueden contarse entre los monumentos de arquitectura como verdaderos ejemplos del arte, bajo el punto de vista que el historiador los examina para buscar los primeros pasos del arte mismo en determinados estilos, propios de diversas comarcas. El nombre de monumentos *Adis* puede aplicarse á las construcciones antiguas de la Arabia como á las de Africa, y espresa la misma idea que los monumentos llamados *ciclopeos* por la antigüedad clásica.—

Al buscar los orígenes de la arquitectura mahometana, lo cierto es, como dice con el exacto juicio que siempre le distingue el señor Assas, que cuando el falso profeta quiso erigir la primera mezquita, el monumento mas antiguo del islamismo, reedificando la Kaaba, apresó una nave cargada de materiales destinados á erigir una iglesia cristiana, é hizo que por fuerza dirigiesen la obra dos arquitectos que en el mismo barco iban, copto el uno y griego el otro.

Pero desde esta época hasta el reinado de Alí, en vano buscaremos monumentos que nos indiquen los adelantos del arte, cuando este como las letras sus hermanas y las ciencias que les dan vida, estaban en un completo estado de abandono; sin embargo de que las rápidas conquistas por el Egipto, la Fenicia y la Siria despertase lentamente la aficion de los árabes á la cultura y al estudio.

Valiéndose de los edificios que encontraban ya levantados para sus palacios ó sus templos, y siendo el arte que á la sazon dominaba en el vacilante imperio de Oriente, el bizantino, natural era que las obras que empezaban á edificar participaran de este carácter, con reminiscencias romanas á cada paso, pues lo mismo en la primer época del arte muslímico que en el latino, ó de las monarquías cristianas formadas á la destruccion del gran coloso de Occidente, se aprovechaban los artistas para sus fábricas de los trozos romanos que encontraban, ya perteneciesen á esta ó á la otra edad del pueblo de Rómulo. Ademas: en el desenvolvimiento del arte mahometano debia influir la situacion en que habian estado los árabes en sus diferentes comarcas. El Mediodía de la Arabia, sujeto por mucho tiempo á la Persia, recibiendo directamente el influjo de su civilizacion; al Norte algunos principados árabes cristianos, tan pronto sumisos ó rebeldes á los emperadores romanos y á los monarcas de la Persia, y no estraños al lujo y las costumbres de ambos pueblos; al Oeste las conquistas de los abisinios; todos estos elementos distintos, pero capaces de confundirse, se confundieron en efecto y se reflejaron en el arte, tan luego como las independientes poblaciones del centro, victoriosas y decididas propagadoras del islamismo, despues de imponer con la punta de su acero el código de su legislador, se hicieron cultos y protegieron las ciencias y las artes siguiendo el poderoso ejemplo de soberanos como Abu-Jaafar, Arun-al-Raschid y Almamun. Desde entonces, templos, palacios, sepulcros, edificios públicos destinados á las necesidades de los asociados, brotaron sin cesar en todos los ámbitos del imperio muslímico, con los caracteres generales del estilo bizantino, pero embellecidos por la rica imaginacion de los artistas árabes, recordando á cada paso en sus numerosos adornos la ornamentacion persa.—La diversa índole de la religion ismaelita, habia de reflejarse tambien en el arte de los árabes. Los sectarios de Mahoma, que durante largo espacio de tiempo habian tenido vedada otra lectura que la del Coran, que en este libro cifraban toda su ciencia, natural era que tratasen de repetirlo en todas partes, y de aquí que cubriesen con las frases de las suras sus paredes, de donde vinieron á adornar constantemente con inscripciones las fábricas mahometanas, convirtiéndose aquellas al avanzar el arte en su progresivo desarrollo, en inspiraciones poéticas.

Entre las diversas comarcas que el arte mahometano pobló de notables monumentos en los que se encuentran los antedichos caracteres, el Cairo conserva multitud de ellos, todos de la mayor importancia; y bien lo demuestran las mezquitas de *Amru*, de *Tulun*, de *El-Azhar* de *Barkauk*, *Kalun* y *Kaitabai*, los conventos de los derviches, la puerta pública llamada *Pelai*, el famoso abrevadero de Abd-errahman *Kiaia*, el acueducto de la ciudadela, el Kiosko de *Chubra*, multitud de habitaciones particulares, y notables sepulcros, entre los que llaman principalmente la atencion los construidos al Nordeste de la ciudad por los califas fatimitas, notables por la elegancia y solidez de su construccion, así como por el gusto de su ornato. A la misma clase de monumentos, aunque sin poder fijar sus autores, pertenecen tambien los que presentamos en nuestro periódico, que con igual planta y aspecto general que los de los fatimitas, existen cerca de la ciudadela de Hill, destruyéndose abandonados rápidamente, y sin mas uso que servir de asilo á los árabes del desierto y á los marabuts errantes (1) La mayor parte de estos sepulcros llevaban agregadas mezquitas que hoy están destruidas, y los que copiamos en este número, á juzgar por las labores á manera de estalactitas que adornan su cornisamento, sus arcos de semicírculo, sus cuadradas ventanas y los nervios de su cúpula, parecen indicar un periodo no mas lejano que el fin del siglo XII ó principios del XIII.

Lástima grande que la incuria, muy comun hoy en los habitantes del Cairo, deje hundirse estos sepulcros, monumentos que no ha mucho tiempo se encontraban con frecuencia en aquellas comarcas, y que hoy van siendo cada dia mas raros, hasta que terminen por desaparecer del todo.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(1) En todos los territorios sujetos á la dominacion musulmana, se hallan sepulcros de este género, que con sobrada frecuencia, sirven de mezquitas por la falta que de ellas encuentran los árabes errantes. El edificio llamado *la mezquita* cerca del campamento del serrallo, es uno de estos sepulcros, donde en época quizá posterior, se enterró un morabito, cuyo nombre tambien le han dado algunos de nuestros corresponsales.

COSAS DE MADRID.

LOS CARRUAJES PÚBLICOS.

I.

Cuando, despues de una larga permanencia en Madrid, haceis una escursion á provincia, ¿no os parece que hay en torno vuestro una atmósfera distinta, un no sé qué pesado, frio, silencioso que impresiona vuestros sentidos y los modifica hasta el punto de que todo, la luz, el aire, el ruido de los pasos de las gentes que de tiempo en tiempo se cruzan con vosotros, la campana que toca á misa ó á muerto, las puertas que se cierran ó se abren, tienen un color, un sonido, una manifestacion especial?

¿No os parece que os encontrais en un mundo enteramente distinto de aquel que habeis dejado? ¿no lo encontrais todo monótono, pobre, frio, silencioso?

Es que, sin conocerlo, sin sentirlo, dominados por la costumbre, habeis salido atardidos de Madrid, y os encontrais de repente en un lugar en que nada puede aturdiros: es que habeis dejado de escuchar el continuo, el unisono, el insoportable rodar de la multitud de carruajes diversos, que hacen de las calles de Madrid un tormento de vuestro olfato, un amago contra la limpieza de vuestro traje, un peligro continuo para vuestra vida.

Suponed suprimidos los carruajes en la villa y córte, y habreis suprimido en vuestra imaginacion las dos terceras partes de los rasgos de la fisonomía característica de Madrid, tanto en lo físico como en lo moral: á realizarse vuestra suposicion, Madrid seria enteramente distinto é imponderablemente mejor de lo que es, porque como no se puede suprimir lo que es necesario, siendo posible la supresion de esos vehículos, de sí mismo se desprende que Madrid no tendria pozos negros, ni despojos arrojados por la noche en medio de la calle, ni perros envenenados por la estricnina, ni pretendientes á quienes importe ir deprisa, ni corridas de toros, ni entierros ostentosos, en los cuales la vanidad constituye el objeto, ni modistas desgraciadas, ni damas galantes, ni otras diez mil y quinientas cosas que atacan directamente á vuestras narices, á vuestra pudibundez, á vuestro incontestable derecho de transitar descuidada y tranquilamente por la calle.

De una parte los reglamentos de correos, de otra los abusos de los particulares, de esotra las urgencias, ó las pocas ganas de andar de los que se hacen dueños de un carruaje durante un tiron; la higiene, los abastos, el continuo flujo y reflujo de viajeros que entran ó salen de Madrid, arrojan sobre nosotros continuamente, obligándonos á desear cien ojos y cien oidos, las sillas correos, los coches alquilones, los diferentes géneros de carruajes de limpieza, los de mudanzas, los de acarreo de materiales, los de abastecimientos de todo género, los fúnebres, los populares, los de camino, los omnibus, etc., etc.: una plaga, en fin, un ruido continuo, una mancha, un hedor y un peligro ambulantes, incesantes, desesperantes que os detienen á cada paso, que os encocoran, que os cargan, que os hacen desear la tranquila aldea, donde los muertos se llevan á hombro, donde las carnes entran vivas en la carnicería, en donde no se conoce, en fin, otro carruaje que la lenta carreta de bueyes, que no se mete con nadie.

II.

Desde el momento en que uno de nosotros, desgraciados, que tenemos el oficio de entretener al público, de escitar su curiosidad, tomamos la pluma para borronear el manuscrito que ha de venderse despues de haber sido prensados sus conceptos entre el plomo de los caractéres y el cilindro de una máquina, debemos suponer que nuestro prógimo docto ó lego, deletreador ó leyente de corrido, suscritor por temperamento ó lector recalcitrante, que no arroja su mirada sobre otros impresos que los que le dan prestados, ó envolviendo queso ó manteca, en cuanto tiene entre las manos la entrega, ó el periódico en que hemos estendido algunas columnas sobre nuestra firma, ha de exijir de nosotros, mucho talento, ó mucha gracia, ó mucha intencion; que le divirtamos, ó que le enseñemos; que le indemnicemos, en fin, ya de los maravedises que ha gastado, si es suscritor, ó ya de la inapreciable honra que nos concede si es lector de gorra, dispensándonos su ilustrada atencion.

En una palabra: el que escribe para el público arrostra todas las consecuencias del que expone un objeto, para ser calificado, ante el juicio, ante el gusto, y hasta ante el capricho universal.

Pero nos estraviamos.

Queriamos decir y no lo hemos dicho, pero lo decimos á continuacion, que no sabemos si tratándose de las cosas de Madrid, un artículo sobre los carruajes públicos, podria ser bastante para entretener á nuestros lectores durante diez minutos.

Si pudiéramos escribir acerca de estas cosas libremente, si no nos lo impidieran altas consideraciones morales, políticas y sociales, el artículo se convertiria en libro, y tan interesante, y tan nuevo, y tan característico, que á fe á fe habia de obtener gran número de lectores que comerian, teniéndole abierto ante los ojos, y dormirian sobre él, guardándole bajo la almohada.

Pero ni queremos, ni podemos, ni debemos sacar á luz la fisonomía completa de los carruajes públicos, y nos vemos reducidos casi á la impotencia, tratándose de ellos, para escitar, para satisfacer el interés de los lectores.

Vamos creyendo que este artículo, empezado con la intencion de que pertenezca al género de los de costumbres, va á convertirse en una especie de acusacion fiscal contra los abusos de esas incomodidades de la gente de á pié, de un escritor, que, siguiendo la lógica de su destino, no ha podido todavía tener coche sino durante un cuarto de hora y mediante una peseta.

El autor asegura que jamás gasta en coche mas que una peseta, porque nunca ha tenido necesidad de tomarlo por horas.

Continuemos.

III.

Empecemos, por una razon categórica, ocupándonos de los carruajes del Estado; estos son:

Las sillas correos.

Los carros de violin de idem.

Veámos sus cualidades como conductores de viajeros.

Lo mejor que os puede acontecer es que no las conozcais nunca por esperiencia.

Que no se os ocurra el caso fortuito de que un pariente rico, á quien quereis heredar, se muera á cien leguas por la posta y tengais que ir á buscarle en idem, gastando horas.

Una vez dentro de una de esas sillas, os amenazan:

Un movimiento seguro;

Un no dormir penoso;

Un no comer que habeis pagado.

Contingentemente, y con suma facilidad:

Un vuelco que os mata, ú os rompe un miembro, ú os ahorra del cuidado de limpiaros los dientes.

En cuanto á los carros de violin correos, horrorizados al solo pensamiento de viajar en ellos.

Perdonadlo todo, hasta el amor de una coqueta, si para lograrlo habeis de viajar en uno de estos tormentos cuya existencia no se concibe, hoy que por fortuna ó segun otros, por desgracia, no existe la Inquisicion.

Prescindamos de estos carruajes como elementos viajeros.

Considerémoslos con relacion á Madrid.

Como uno de los peligros de sus calles.

Para comprender estos peligros, idos á las inmediaciones de la Casa de Correos, un poco antes de las ocho de la noche.

Vereis la capitana, la Mala, formar á la cabeza de una larga fila de carruajes de posta, cuyo estremo le constituyen los carros.

Los conductores y los zagales están sobre las delanteras.

Dan las ocho.

Al sonar la primera campanada, todas aquellas trallas (látigos) chascan, todas aquellas campanillas suenan, todas aquellas voces arrean, todas aquellas patas calzadas de hierro se mueven, todas aquellas ruedas giran, y los carruajes se lanzan con un estruendo multiforme, atronador, discordante, y atraviesan la poblacion desde el centro hasta las estremidades, irradiándose los carruajes al galope largo por las calles, en donde empieza su vía, arrojando la gente sobre las aceras, haciendo correr á todo el mundo, asustando á las madres y dispersando las familias.

Yo se de alguna polla que ha debido el recibir un billete de su gallo, á pesar de la vigilancia de los papás, al exabrupto inesperado de una silla-correo.

Porque para las sillas-correos, desde que arrancan, todo es camino.

Dejémoslas pasar, conduciendo en sus cajones todo un mundo de afectos, de intereses, de desdichas, de necedades, de infamias.

Vayan en paz.

Y ocupémonos de otros carruajes del Estado, citemos, no mas que citarlos, porque no tenemos editor responsable, ni depósito, los de las secretarías de Estado, los de los secretarios del Senado y de las Córtes y el del gobernador.

Estos carruajes corren tambien como alma que lleva el diablo por las calles.

Pero comprendemos las altas, las poderosas razones de esta rapidez, y dejamos de citarla como un peligro urbano: porque sabido es esto: *salus populi, suprema lex.*

IV.

Les toca, por razon de categoría, su turno á los carruajes municipales.

Estos son infinitos.

En primer lugar, el carro fúnebre de las víctimas del *Dos de Mayo.*

Nada tenemos que decir de este carro, como no sea para recordar con orgullo á los mártires de nuestra independencia.

Este carro, ni estorba, ni amenaza: conmueve.

Pero entre los carros del municipio, hay otros carros fúnebres á los que no podemos respetar.

Estos carros son los de la limpieza matutina.

¿Y por qué son fúnebres estos carros? nos dirán.

Son completamente fúnebres.

En primer lugar se ocupan de recoger, de sobre la vía pública, despojos.

¿Y qué son estos despojos, mas que miserables cadáveres despedazados?

¿Qué otra cosa son, los huesos roidos, las espinas, los caparazones de aves?

¿Acaso el troncho, la hoja, no son los fragmentos mortales, ya de la col, ya de la escarola, ya del apio?

No eran seres vivientes y orgánicos.

Y esto sin citar la maraña de cabellos rubios, negros, castaños, grises ó blancos, ni los fragmentos de cartas, de cintas, de prendidos, de flores contrahechas, que de todas estas cosas se ocupó ya Fígaro, en el artículo *La trapera*, ó sobre la trapera, no estoy seguro acerca del título: lo que vivió, lo que palpitó, lo que hizo vivir ó palpitar, lo que constituyó un elemento de vida, todo se apila, todo se apelmaza, todo se revuelve, en estos, por mas de un concepto, terribles carros.

Y si dudais acerca de la denominacion de fúnebres que les hemos dado, porque las razones anteriores os parezcan un tanto metafísicas, vamos á daros una razon que no podreis contradecir.

En esos carros se recogen los cadáveres de los perros y aun de los gatos, que han dejado de ser, á causa de su inmoderada aficion á la previsora, á la nunca bien, como se debe, ponderada morcilla municipal.

Estos carros no incomodan: salen demasiado temprano y solo se cruzan con la falange sirvientil.

Otro carro del municipio, pero estacional por fortuna, es la cuba de riego.

Este carro no es peligroso, como no sea para el traje; pero sí molesto; aquella manga que se valancea y se agita sin cesar, arrojando una lluvia de agua, no muy limpia, á impulsos del membrudo é incansable brazo de un astur bárbaro, parece que os busca, que se complace en haceros huir, que procura alcanzaros, que os alcanza, que os riega, al mismo tiempo que os cae encima el polvo de un derribo cuya valla os ha impedido la fuga.

Este carro es una necesidad y no hay contra él otra defensa que estarse en casa mientras él anda por la calle.

Nos queda otro carro del comun, del cual nos vemos obligados á hablar muy poco, y á taparnos á su solo recuerdo las narices.

Perdonad, pero estos carros son la tremenda artillería de Sabatini.

De ellos no os defendeis á veces, ni aun estando en vuestra cama, con la cabeza tapada, y obstruidas con algodon las fosas nasales.

Pero tenemos la esperanza de que el Lozoya hará inútiles estos tremendos carruajes.

Por supuesto, que alentamos esta esperanza á nombre de nuestros nietos.

Por último, son tambien carruajes municipales, las benéficas bombas de incendios.

Antes, hace pocos años, tenia la municipalidad, otros carruajes, que gustaban ó asustaban, segun del color de quien los veia.

Nos referimos á los carruajes especiales de la Estinguida.

Tiraban de ellos las mulas de la limpieza, razon bastante para que murieran *ab irato.*

Que descansen en paz en su panteon.

V.

Los carruajes militares, estorban y asustan.

La gente pacífica no puede menos de sentir cierto escalofrío, cuando piensa en el daño que pueden hacer las piezas rayadas, y en cuanto á los furgones de artillería, hay gentes que al verlos venir por el estremo de una calle retroceden no sea que una chispa del cigarro de un transeunte produzca la esplosion de las municiones.

Estos carros están por algo pintados de negro.

Los otros carros militares de provisiones, de infantería y de caballería, no causan ni mas ni menos molestias que los de cerveza, los de leña, los de carbon, los de paja, de los cuales no nos ocuparemos.

Estos carros pertenecen á la pleve de los carros, son de tránsito tranquilo y circulan generalmente á las horas en que hay menos gente por la calle.

No así los de yeso, que os blanquean, os enharinan, os rebozan, como si hubiérais de ser fritos.

VI.

Digamos algo acerca de los carros fúnebres.

Hay de estos cuatro especies.

Los carros que conducen al archivo general, vulgo cementerio, á las personas difuntas.

Estos carros son mas ó menos ostentosos, mas ó menos lúgubres; ya de sociedades, ya de sacramentales, ya de alquiler.

Para que nada falte á Madrid, ellos hacen en él el oficio de la calavera en la celda del monje.

Recuerdan el fin de todas las vanidades, de todos los crímenes, de todas las pasiones...

Con sus innobles lacayos, que se hacen conducir por ellos, cuando han dejado su carga en el lugar de reposo, es cuando estos carros aparecen mas repugnantes, mas terribles.

Siempre nos ha parecido mas sombrío un supulturero que una tumba.

Porque aquel hombre vivo es la tumba de un corazon muerto.

Adelante.

Otro de los carros fúnebres, es aquel en que se conducen al arroyo Abroñigal, á las inmediaciones de cierta casa, de donde salen pasteles que ladran y chorizos que relinchan, las caballerías muertas.

Para un filántropo, aquel carro, con aquel pobre cuadrúpedo inanimado, es un objeto que se presta á profundas consideraciones filosóficas acerca de la ingratitud humana.

Aquel miserable despojo ha servido constantemente al hombre: ha tirado de su carruaje, conduciéndole, acaso, á la felicidad, casa de una mujer hermosa, ó acaso al lado de aquella mujer, ó á la riqueza, aportándole á la bolsa en el momento oportuno para hacer un buen negocio; acaso ha partido con su dueño los peligros de la guerra; acaso le ha salvado; á medida que el trabajo y los años le han ido haciendo menos útil, se le ha ido aplicando á faenas mas dolorosas y menos nobles; ha tenido la desgracia de ser motor de un carruaje de alquiler; ha dado cuanto tenia que dar de sí; entonces en vez de una jubilacion justa, se le entrega á las astas de un toro, ó si ha sido declarado inútil en tiempo de novillos, se le ha degollado, porque el único valor que ya representa el infeliz es la piel, y es necesario arrancársela.

Por fortuna, nuestra filantropía, nuestra filosofía, no son tan perfectas, que lleguen hasta afectarse por el asesinato de las caballerías.

Pero respetamos á los que se conmueven, á los que dejan rodar de sus ojos una lágrima, cuando ven una bestia, ya caballar, ya mular, ya asnal, conducida al desolladero con las patas por alto.

Lo único que hacemos es prevenir á nuestra cocinera que suprima hasta nueva órden los embutidos.

Hay otros dos carros fúnebres cuya sangrienta carga es un testimonio muerto de lo incansable de la voracidad humana, que se alimenta de la destruccion.

Estos son los carros en que se conducen los cerdos abiertos en canal, y las reses descuartizadas.

¿No era mejor que esto no se viera, aunque no fuese mas que por lo que mancha y por lo que huele?

(Se concluirá.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL COMPADRE FELIPE.

I.

Era el año de 1569. La ciudad de Granada habia cambiado su precioso turbante de odalisca por una corona de torres cristianas; la piedra habia reemplazado al estuco, el macizo templo á la ligera mezquita, la sonora campana á la oracion del muezin, la severidad castellana á la galanura árabe.

Los soldados de Castilla se paseaban por sus calles: don Juan de Austria mandaba en su recinto, y el vencido árabe buscaba la ocasion de provocar graves rebatos, para seguir el movimiento que habia estallado en las sierras de las Alpujarras, proclamando á Aben-Humeya por rey de los moros.

Era pues una de aquellas noches silenciosas en que dormia la conquistada ciudad; una de aquellas noches en que la luna, levantándose sobre las plateadas cimas de Sierra-Nevada, principiaba á herir con su lánguido resplandor las torres de las iglesias y los rojizos adarbes de las murallas. Las sombras y la luz se disputaban el dominio de la soledad, se habian acallado todos los rumores del pueblo, se habian estinguido todos los ecos del vecindario, las casas estaban cerradas como castillos, las calles oscuras como boca de lobo, los relojes prolongaban de tiempo en tiempo sus huecas campanadas, la *Vela* se dilataba como un suspiro en las lontananzas del espacio, descendian de las frondas que coronan la ciudad perfumes esquisitos, murmuraban las fuentes, se abrian las flores á la templada luz de la luna, algun ruiseñor, perdido en el fondo de los jardines, entonaba una trova de amor, mientras deslizándose por sus verdosos lechos Dauro y Genil, esos rios tan cantados por los poetas, iban á confundir sus aguas como dos amantes confunden sus sentimientos.

Era la hora en que las patrullas se retiran á descansar, en que los amantes se separan de la reja de su amada; en que parece que pasa en el aire alguna cosa misteriosa, donde las hadas y los genios vierten las adormideras de la noche. Era la hora en que las estrellas mandan á la tierra tímidas sonrisas.

Vista Granada en aquel momento presentaba una masa informe y confusa de edificios, de torres, de templos y de ruinas. Aun medio encubierta con su túnica de sarracena, era como una reina solitaria que llora en silencio por su querida libertad.

Acababa de dar la una.

La larga y sombría calle de Elvira, oscurecida mas que otra alguna á causa de las numerosas iglesias que hay en ella, se presentaba á aquella hora como un negro y prolongado ataud. De trecho en trecho algun farolillo moribundo vertia sus postreros rayos sobre alguna piadosa imágen, mientras que solamente se percibia el melancólico ruido del agua, cayendo en el antiguo pilar del Toro.

Dos hombres cubiertos con anchas capas, largas espadas al cinto y sombreros de castor con plumas, marchaban pausadamente por medio de la calle. Acaso eran los únicos vecinos que se atrevian á profanar el misterioso reposo de la ciudad, tanto mas cuanto por su descuidado andar, por su interrumpida conversacion y por sus lentos ademanes, comprendíase que no tenian miedo á las rondas nocturnas, ni cuidado por lo avanzado de la hora.

—Ya lo veis, señor, dijo el mas bajo de los dos; la ciudad parece dormida como si no hubiese un habitante en toda ella; el Albaicin, centro hoy de los sarracenos y oscuro cuartel donde se han retirado, se asemeja á un sepulcro; nadie se atreve á quebrantar los edictos del rey; ni una voz, ni una señal existe que pueda producir una rebelion de esos moriscos inquietos. Creo que estareis satisfecho.

—Lo estoy, contestó el otro embozado, con un acento que tenia algo de solemne. He querido examinar el estado de Granada, por cuanto las noticias recibidas eran algun tanto alarmantes. Por eso he venido secretamente y solo; vos sois el único que estais al corriente de este enigma.

—¿Quereis, señor, que subamos al Albaicin?

—Creo que no es necesario, hermano mio.

Avanzaron de nuevo los dos embozados á lo largo de la calle, cuando despues de haber andado algun tiempo se detuvieron de repente.

Acababan de fijar sus ojos en una pobre casa de un solo piso, de ruin apariencia, de aspecto mezquino y miserable, cuya puerta estaba entornada, y por la cual se escapaba el triste reflejo de una luz.

Oíase ademas el ténue y desconsolado quejido de una criatura recien nacida, la que parecia implorar la misericordia divina, ya que el abandono humano era tal vez lo primero que encontraba sobre la tierra. Estos quejidos vibraban entre los fugitivos suspiros de la brisa, como una invocacion á la caridad, como una demanda dolorosa, como un llamamiento al corazon del hombre.

Impelidos por la curiosidad ó el sentimiento, acercáronse los dos embozados á la entornada puerta, con el objeto, sin duda, de observar lo que pasaba dentro de la habitacion.

En efecto, allí tenia lugar una escena triste y desgarradora. La habitacion era un portal húmedo y arruina-

TUMBAS ÁRABES CERCA DE LA CIUDADELA DE BELL EN EL CAIRO.

do. Un candil, colgado de una viga, chisporroteaba crudamente, prestando una luz pálida á las desnudas paredes, cubiertas de liquen. Veíase en un rincon una mesilla con algunas herramientas de zapatero, dos ó tres sillas rotas, un cántaro desportillado, y por último, una pobre cama, donde una mujer jóven, lívida y desgreñada, tenia en los brazos á la recien-nacida criatura que arrojaba lastimeros gritos.

En pié, á un lado de la cama, habia un hombre con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, el gesto uraño y sombrío, que ya miraba á la mujer que le presentaba su hijo, ya al hijo que se agitaba convulsivamente en los brazos de la madre.

Despues de un instante en que los dos desconocidos observaban, dijo el zapatero con acento desesperado:

INTERIOR DE UNA TIENDA DE OFICIALES EN EL EJERCITO DE AFRICA. (DE UN CROQUIS.)

—¡Un hijo!... ¡un hijo! ¡Y en qué momento, Juana mia! Cuando no anda el oficio; cuando to lo está parado como un muerto; cuando los vecinos están asustados con los temores de un rebato, y por último, cuando no tengo ni un maravedí ni para asistirte como mereces, ni para bautizar á nuestro pobre niño, que morirá de hambre y de frio.

Quedó inmóvil el pobre zapatero, y clavó los ojos en su esposa.

—¡Oh! no te desesperes, Antonio, le contestó. Dios acude á todas las necesidades. La nuestra es inmensa, pero tengamos siquiera un rayo de esperanza. ¡Qué hermoso es!

Y la buena madre besaba y acariciaba á su débil niño, lo estrechaba contra su seno, lo envolvia en unos toscos pañales y elevaba sus ojos al cielo, como si buscase en él la resignacion que iba principiando á faltarle.

—¡Esperanza! contestó el zapatero. ¿Dónde la encontraré?

—¡Quién sabe!

—¿Cómo costearemos el bautizo de esta infeliz criatura?

—El señor cura de San Andrés es muy caritativo. Nos lo bautizará de limosna; no lo dudes.

—No puedo dudarlo. Tan luego como sepa nuestra desgracia la remediará en lo posible; pero tú, esposa mia, tú que necesitas de alimentos, tú que mereces toda mi atencion, ¿cómo cuidarte en este abandono? Te faltará la leche para criar á nuestro hijo, y nuestro hijo se morirá de hambre. ¡Esto es horrible!

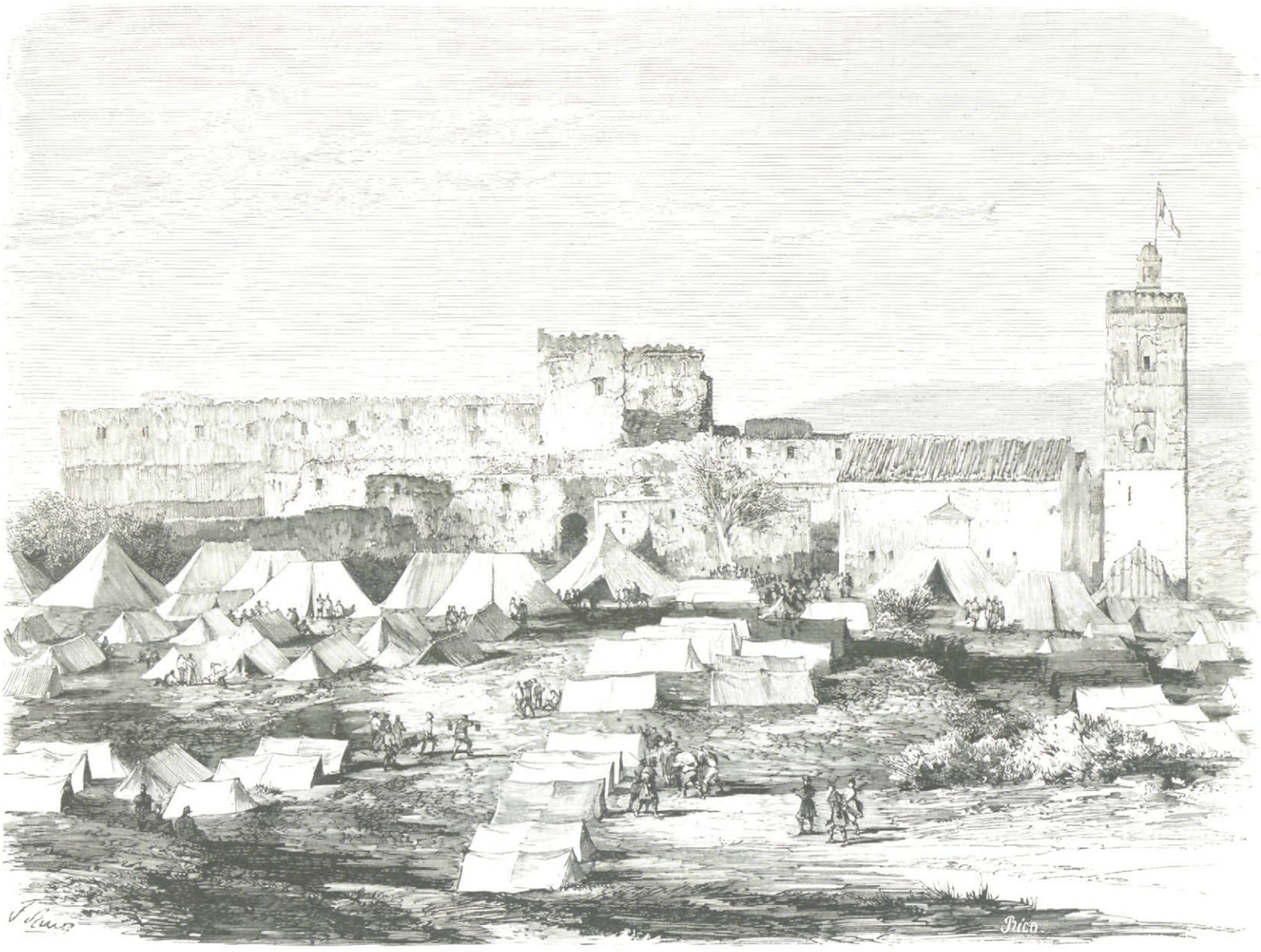
—¡Horrible! repitió aquella buena mujer, cubriéndose el rostro y no pudiendo resistir el dolor que le causaban las palabras de su marido.

Terminado este ligero diálogo, y cuando tal vez iba á empezar de nuevo llamaron á la puerta.

A este insólito llamamiento la mujer dió un pequeño grito, y Antonio volvió la cabeza sobresaltado.

Acababa de entrar un hombre embozado hasta los ojos y vestido de negro desde los piés á la cabeza. El zapatero quiso hablar, pero el temor le detuvo la lengua. En este intervalo, dijo el desconocido, poniendo en las manos del zapatero una pesada bolsa.

—Tomad, buen hombre, para cuidar á vuestra esposa. Respecto de vuestro hijo quiero ser su padrino; mañana á las diez os espero en el palacio de la Alhambra.



VISTA DEL SERRALLO. (DE FOTOGRAFIA.)

y trataremos sobre su bautizo. Seguid teniendo esperanza en Dios, porque Dios, como dice vuestra mujer, acude á las mayores necesidades.

El zapatero Antonio quedó con la boca abierta, como si toda aquella rápida escena fuese un sueño; pero el dinero que tenia en las manos y el desconocido que estaba en frente, le hicieron esclamar al fin:

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¿Quién sois para que yo pueda bendecir vuestro nombre?

—Uno que ha oido la conversacion que teniais con vuestra esposa. Tranquilizaos pues, buen amigo, y hasta mañana.

—¿En la Alhambra habeis dicho? preguntó el zapatero con timidez.

—Sí.

—¿Y por quién he de preguntar?

El desconocido quedó pensativo por un momento, hasta que contestó:

—Preguntad... preguntad por *el compadre Felipe*.

II.

Al dia siguiente las aves y las flores, las fuentes y las brisas, los aromas y los árboles, entonaban un himno á la naturaleza.

El sol se elevaba por los cielos y eran cerca de las diez cuando un hombre, mejor dicho, un caballero vestido de negro, con corto ferreruelo, sombrerillo sin plumas, espada al cinto y un rosario en las manos se paseaba por el hermoso patio del *Estanque* de la Alhambra.

Estaba solo: su semblante algun tanto largo y pálido, se hallaba como cubierto de una nube de triste majestad; su frente naturalmente arrugada ó estaba oprimida por hondas y secretas meditaciones, ó se encontraba abrumada por el peso de la devocion. Su mirada era fija y segura; su boca estaba severamente modelada. Paseábase silenciosamente junto al borde del cristalino estanque, donde la almenada torre de Comares se miraba como en un espejo. Al frente de él se veia la entrada á la sala de Embajadores, formada por un arco dentellado, bordado de oro y azul; á los costados habia una larga hilera de agimeces y alhamies, nidos encasetados que parecian despedir cariñosos y lánguidos suspiros; á la espalda se descubrian las severas líneas del palacio de Cárlos V.

El hombre vestido de negro, ya clavaba los ojos en el tranquilo estanque, ya en el altivo monumento, ya en aquellas galerías, casi destruidas por un incendio en 1590 ya, en fin, en los letreros de oro donde se glorificaba al rey Abu-el-Hagial, cuando un objeto lo llamó de pronto la atencion. Acababa de descubrir al través de los cipreses, fantásticamente recortados, á un hombre que avanzaba hácia él. Era el zapatero Antonio de la calle de Elvira.

Una mirada fue suficiente para medirlo de los piés á la cabeza. El zapatero tenia una fisonomía honrada y espresiva: era el tipo del artesano pobre que devora en silencio su miseria y la miseria de su familia.

—Acaban de dar las diez, dijo el desconocido con gravedad, y esto prueba que sois diligente y exacto.

—Señor, para un buen padre los momentos perdidos son como una moneda de oro tirada á la calle.

—Perfectamente; seguidme.

El hombre vestido de negro hechó á andar con lentitud, repasando de tiempo en tiempo las cuentas de su rosario.

El zapatero lo siguió en silencio y penetró tras él dentro del salon de Embajadores.

Toda la poesía oriental, toda la riqueza árabe, todo el esplendor de los siglos, todos los fantasmas del amor han coronado esta mansion portentosa, donde el genio de Yusuf ha bordado un espléndido cielo de flores, estrellas y ataurique, todo cubierto de polvo de oro. Un balcon abierto en frente de la puerta, presta diáfana claridad. Desde él se descubren las frondosas alamedas del Dauro

mas lejos el turbulento Albaicin, el gracioso cerro de San Miguel y la cerca de don Gonzalo, recuerdo de una tragedia lamentable.

Un árbol casi viene á tocar con sus ramas el hierro de aquel balcon, que parece abierto en medio del espacio. En el momento en que el desconocido se acercaba á él, un osado ruiseñor cantaba alegremente. Orilla del balcon habia una magnífica mesa y mas allá un sillon forrado de terciopelo encarnado, donde se sentó el caballero con majestuoso continente.

Despues de mirar de nuevo al zapatero, que estaba absorto delante de su futuro compadre, le dijo con voz pausada y solemne:

—Con el objeto de arreglar el bautizo de vuestro hijo, os dije anoche que acudieseis aquí. Despachemos, pues. ¿De qué parroquia sois?

—De la de San Andrés, contestó el menestral.

—Es bastante. Os presentareis al párroco y le direis que prepare la iglesia como para una grande solemnidad; que la llene de luces; que la cubra con los ornamentos mas espléndidos; que adorne la pila bautismal con las colgaduras mas lujosas, y en fin, que disponga todo lo necesario para celebrar un bautizo como para un príncipe.

El bueno del zapatero antes de responder principió por restregarse los ojos, creyendo que estaba soñando.

—¡Pero señor! esclamó el pobre hombre aturdido: el cura que conoce mi miseria, va á creer que me he vuelto loco y no me hará caso.

—Os lo hará, no tengais cuidado. Decid que yo soy el padrino.

—¡Vos!

—Yo quien pago todos los gastos.

—¡Pero si ni el cura ni yo sabemos vuestro nombre!

—Eso no importa, contestó el desconocido. Haced lo que os mando y hasta la noche.

El zapatero no tuvo que replicar, inclinó la cabeza y salió silencioso y casi temblando del salon de Embajadores. El hombre vestido de negro se puso de pié y volvió á repasar las cuentas de su rosario.

III.

A la oracion de aquel mismo dia, las campanas de la parroquia de San Andrés repicaban á vuelo con gran asombro de los vecinos que ignoraban el objeto de la festividad que iba á celebrarse. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par; numerosas y brillantes arañas pendian de los arcos de las naves: el altar mayor resplandecia como un meteoro; el órgano tocaba profundas y religiosas armonías; los acólitos y sacristanes estaban con la boca abierta; el buen párroco tambien espresaba en su semblante la admiracion de que estaba poseido, pues en resumidas cuentas, lo que sacaba en claro de todo aquello, era un anónimo que habia recibido, en el que se le ordenaba hiciese cuanto se dispusiese por el zapatero Antonio. Cada cual hablaba de aquel suceso como de un asunto de brujas, y la noticia que habia principiado á cundir, atrajo á un crecido número de curiosos.

De pronto vióse avanzar un escuadron que se formó en frente de la iglesia y en seguida un brillante séquito de caballeros, vestidos lujosamente. Lo mas estraño era que entre estos señores ocupaba el primer lugar el hombre vestido de negro, el cual conversaba con otro que ostentaba en su pecho la Orden del Toison. Al lado del misterioso padrino, marchaba el zapatero Antonio y una nodriza llevando al recien nacido, cubierto con un espléndido traje blanco, bordado de oro.

El cura estaba desvanecido con la comitiva que le rodeaba, pero fiel á las funciones de su ministerio, dirigióse á la sacristía, precedido de aquel tropel de caballeros, sentóse en un sillon que estaba cerca de una mesa, y se dispuso á estender la partida de bautismo. Reinó un silencio profundo desde que principió á escribir el párroco. Esperábase con ansiedad el resultado de aquella escena. Cuando este llegó al punto donde tenia que poner el nombre del reciennacido, miró al zapatero y le preguntó con acento trémulo.

—¿Qué nombre vais á poner á vuestro hijo?

El pobre Antonio no se atrevió á contestar, sino que buscó con la vista al que iba á ser su compadre. Entonces abriéronse en dos filas los caballeros y apareció el hombre vestido de negro.

—Este niño, dijo con voz clara y firme que fue oida por todos los circunstantes, llevará el nombre de Felipe.

El cura inclinó la cabeza y prosiguió escribiendo y notándose á la par.

—Felipe—hijo legítimo de Antonio de Villaroel y de Juana de Deza...

Y levantando de nuevo la vista.

—Ahora, prosiguió, falta otro requisito.

—¿Cual es? preguntó el desconocido.

—Saber quién es el padrino.

—Yo.

—¿Pero su nombre?

—¡Mi nombre! esclamó el hombre vestido de negro de una manera que vibró en todos los corazones. Escribid, pues, señor cura. El padrino de este niño se llama...

—¿Cómo?

—Felipe II, rey de España y de las Indias.

A este nombre resonó una esclamacion general: al buen cura se le escapó la pluma de las manos y el aturdido zapatero cayó al suelo de rodillas.

El rey en medio del pavoroso silencio que se hubo estendido, animó al uno y levantó al otro.

—Ya veis, dijo al espantado padre, como Dios acude á las mayores necesidades.

Y colocando á su ahijado entre sus brazos prosiguió con imponente actitud.

—Ahora, señor cura, vamos á la pila bautismal.

IV.

Aquel niño recibió el agua santa de la regeneracion, teniéndolo el rey durante toda la ceremonia. Don Juan de Austria, que era el caballero del Toison, y el mismo que vimos en la calle de Elvira, acompañando á Felipe II, tuvo la vela; otros altos y nobles caballeros ejercieron diversos papeles en aquel bautizo real.

Pero se nos preguntará ahora, ¿cómo Felipe II estuvo en Granada cuando la historia no lo dice? Vamos á contestar.

Cuando don Juan de Austria marchó por órden de su hermano á tomar posesion del gobierno granadino y á destruir la rebelion de los moriscos, quiso el rey estar cerca del teatro de la guerra, para dirigir parte de las operaciones. En su consecuencia, encaminóse á Córdoba no bien acababa de perder á su tercera esposa, la linda cuanto desgraciada Isabel de Valois.

Es fama que Felipe se trasladó de incógnito á Granada, para tener una entrevista con su hermano, despues de visitar la admirable mezquita, convertida en catedral, y de examinar los cadáveres de Fernando IV y de Alfonso XI, rezando devotamente delante de ellos, con la cabeza descubierta.

La prueba de que tuvo lugar aquella espedicion misteriosa, es el acontecimiento que acabamos de referir. Aun hace muy pocos años que se enseñaba á los curiosos en la parroquia de San Andrés, una partida bautismal, del siglo XVI, en donde se leia con alguna dificultad el nombre del *compadre Felipe*. Ignoramos si este documento se ha perdido ó si existirá en los archivos de la feligresía.

V.

Veinte y nueve años despues de los sucesos que acabamos de referir, esto es, en la noche del 12 al 13 de setiembre de 1598, veíase en uno de las magníficos aposentos del Escorial, un hombre tendido en un suntuoso lecho, pálido, con la marca de la muerte impresa en su adusta fisonomía y resignado en medio de los mas dolorosos padecimientos.

Las cortinas del lecho estaban abiertas y en medio de sus nudosos pliegues, veíanse algunos castillos y leones bordados de oro.

En frente del moribundo habia un altar lleno de reliquias y en torno del lecho veíanse multitud de caballeros y religiosos en cuyos semblantes se veía pintada la mas viva inquietud y la mas terrible consternacion. La soledad de la noche estaba en armonía con el fúnebre silencio que reinaba en el aposento. Parecia que se esperaba una hora tremenda. Solo el semblante del enfermo estaba tranquilo.

Fácil es comprender que el hombre que aguardaba el momento supremo era el rey Felipe II.

Devorado al principio por una ardiente calentura, lleno de llagas mas tarde y víctima de los mas crueles dolores, hacia cuatro meses que estaba postrado en cama con una paciencia admirable. Para animar á veces su espíritu, rogaba á su confesor que le leyese algun pasaje de la *Pasion*. Recibidos todos los sacramentos, dispuso que abriesen el nicho de su padre para ver cómo estaba amortajado, á fin de que á él lo pusiesen de la misma manera, arregló sus exequias, redactó su testamento é hizo colocar á los piés de su lecho el ataud que habia de encerrar su cuerpo.

Llamó por último á sus dos hijos y dirigiéndose al heredero del trono, le dijo:

—Aquel crucifijo lo tuvo en sus manos mi padre al espirar: espero en Dios que tambien esté en las mias en mis últimos momentos. Conservadle y adoradle como á la mas preciosa reliquia.

El rey conoció que le faltaban pocas horas de vida, y llamando á don Fernando de Toledo que estaba con una vela encendida, bendita en el monasterio de Monserrat, y que habia dispuesto le pusiesen en las manos al tiempo de la agonía, dijo con voz entera.

—Aun no es hora.

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando acercándosele el prior del monasterio, le dijo con profundo respeto.

—Señor, un capitan de los ejércitos de V. M. acaba de llegar al Escorial y con las lágrimas en los ojos desea que le permita besar vuestra real mano.

Levantó el rey la vista turbada ya con las sombras de la muerte:

—¡Un capitan! esclamó, está bien, que entre.

Poco despues penetraba en la cámara murtuoria un gallardo mancebo, tostado por el sol, de hermosa presencia y de marcial continente, el cual cayó de rodillas, derramando abundantes lágrimas y besando ardientemente una de sus heladas manos.

—¡Padrino!... ¡padrino mio! esclamó el capitan ahogado de dolor y olvidando que hablaba con el rey.

Todos oyeron estas palabras con asombro.

El mismo Felipe II clavó en el capitan su errante mirada.

—¡Tu padrino! esclamó: ¿Quién eres?

—Felipe de Villaroel... de Granada... que ha derramado en veinte batallas su sangre en obsequio de V. M.

Vagó por un instante una dulce sonrisa en los labios del moribundo, la luz de un recuerdo pasó por su frente, y como si él solo hubiese comprendido aquellas palabras: contestó:

—¡Ah! sí... me acuerdo... gracias.

Y revolviendo la hosca mirada buscó á su hijo primogénito, á quien le dijo:

—Te lo recomiendo.

Volvió el capitan á besar la mano de su protector, y salió de la cámara real.

Despues hizo el rey una profesion de fe, pidiendo perdon de sus pecados; leyósele en seguida la pasion de San Juan y los salmos penitenciales. A las tres de la mañana pidió la vela bendita y el crucifijo de su padre, y con ambos objetos en las manos, repitiendo las exhortaciones de los que le rodeaban, espiró tranquilamente sin esfuerzo y sin dolor.

TORCUATO TARRAGO.

LAS CACERIAS EN LA ARGELIA.

(CONTINUACION.)

Desentierran los cadáveres, y es tal su voracidad que se comen hasta los huesos. Si el hambre la hostiga mucho se aproxima á las poblaciones y lugares habitados, buscando algun animal muerto ó algun perro, único animal que la hiena osa atacar.

Generalmente se cree que el grito ronco que frecuentemente se oye durante la noche en la Argelia, pertenece á la hiena, mas no es así; el miedo impide gritar á estos animales y únicamente gruñen interin devoran ansiosamente su presa ó en la estacion de sus amores, cuando varios machos se disputan una hembra.

Aquel grito, muy semejante al ladrido de un perro ronco, pertenece al chacal.

La hiena es tan cobarde y traidora que los árabes para injuriar de muerte á cualquiera, le dicen «cobarde como una hiena.»

El jabalí que es el tipo del cerdo domesticado, alcanza las dimensiones del mayor de estos. Tiene la cabeza muy prolongada y provista de enormes y temibles colmillos muy salientes y encorvados hácia arriba. El pelo del jabalí, ó sea la cerda, es de un color castaño negruzco, pero en el jabalí de Africa, este es menos oscuro y deja ver un tinte entre gris y verde.

Los jabalíes jóvenes, ó jabatos, tienen el mismo color rayado de blanco; mas con el tiempo pierden este signo distintivo de su edad.

La hembra es algo mas pequeña que el macho y como él tiene las cerdas de la frente y del cuello, que forman una especie de crin, mucho mas largas y menos erizadas que el resto del cuerpo.

Obsérvase en el jabalí una propension constante á huir de la compañía de todos los demás animales, aunque en Africa viven ellos en grandes manadas, no tan numerosas hoy como antes de la conquista.

Busca generalmente para guarida los bosques mas fragosos y aislados, cual si le molestase toda otra compañía.

El jabalí, que es positivamente la fiera dotada de mas groseros y brutales instintos, es valiente hasta la temeridad, pero se ha observado que no ataca al hombre si no en casos estremos.

Sin embargo, su choque es terrible y muy frecuentemente mortal, cuando está irritado por la persecucion que se le hace y por los ladridos de los perros, ó cuando se siente herido.

Entonces se revuelve furioso contra su perseguidor, hombre ó animal, y su enorme mole, rápida como una bala, parte en línea recta y semejante á una avalancha, rompe, atropella y destroza sin detenerse cuanto encuentra por delante.

Sus colmillos, en tales casos, imponen al hombre mas sereno y obligan á valerse de toda su habilidad al mas consumado cazador.

El jabalí se distingue de todos los animales por su lujuria y su glotonería.

Hasta la edad de tres años siguen los jabatos á la madre, que los defiende de los ataques de los lobos; pero al llegar á dicha edad, se dispersan y forman parte de otras piaras ó manadas.

El jabalí, no ataca á ningun animal, pero en ocasiones se le ha visto comer perdices, liebres, etc. Es muy apasionado á la carne cruda y á todo alimento blando y jugoso, aun cuando no pueda considerarse como nutritivo.

Como su ley prohibe á los mahometanos y árabes alimentarse con carne de cerdo y como el jabalí solo es

perjudicial para los sembrados y no para los ganados, que es la riqueza que en mayor estima tienen los árabes, abstenianse estos de cazarlo. Así es que despues de 1830, luego de empezada la conquista de la Argelia, encontraron los franceses manadas fabulosas de jabalíes poco temerosos del hombre, que ningun daño les hiciera hasta entonces, y menos del perro, con el cual luchaban en caso necesario.

Entonces, consagrando al placer de la caza, los intervalos de descanso que les dejaban las rudas tareas de la conquista, se dedicaron á perseguir al jabalí con terrible encarnizamiento.

Sin embargo, tardaron bastante tiempo en obtener grandes resultados de aquellas cacerías.

En el interior, las tribus sometidas, se dedicaron á la caza del jabalí para venderlo en los mercados franceses.

De este modo llegaron á observar que no es conveniente perseguir al jabalí con podencos finos y adiestrados en la caza del gamo y del ciervo.

Este tiene la carrera tan ligera como rápida, y merced á la gran fragosidad del terreno, escapa con facilidad á la persecucion de perros y cazadores.

Con el jabalí sucede lo contrario. Su carrera, á mas de corta, es pesada. Unase á esto el que despide un olor sumamente penetrante y se comprenderá que los podencos finos, despues de cazar el jabalí, pierden el olfato y la velocidad, quedando inútiles para cazar el gamo, el venado, el ciervo y cualquiera otro animal cuyas huellas solo puedan seguirse por traillas de fino olfato y suma velocidad.

En su consecuencia, tanto los franceses como los árabes, cazan el jabalí valiéndose de mastines de Africa, medianamente adiestrados y que por su valor son muy útiles para el caso.

Ademas en estas cacerías suelen morir destrozados por los poderosos colmillos del jabalí, algunos perros, y así la pérdida, atendido el ningun precio que de estos se hace, es insignificante.

En Africa, á pesar de lo dicho, se conocen dos especies de jabalíes: una que habita en los bosques y otra en los pantanos.

Aquella, ademas de alcanzar mayores dimensiones que esta, se distingue por su especial ferocidad. Su valor es tan grande, que durante los primeros tiempos de la conquista de la Argelia, bajaban por las noches en manadas de muchos centenares y penetraban en las poblaciones.

El jabalí de Africa se diferencia del de Europa en cuanto á sus costumbres, en que abandona su guarida así de dia como de noche, siendo así que aquel permanece oculto en ella hasta las horas mas avanzadas y solo se aventura durante la oscuridad.

En Africa son muy aficionados á comerse los plantíos de habas, y por esta razon habia ocasiones en que los árabes se dedicaban á esterminar algunas manadas, aun antes de la conquista.

En estos casos se dirigian descalzos y dando la cara al viento hasta el animal, procurando que este no notase con la vista ni con el oido la proximidad de su enemigo. Esta clase de persecucion es fácil en la Argelia por los muchos accidentes del terreno y de la vegetacion.

Si el jabalí cesaba de comer para escuchar, el árabe se detenia, y por este medio, bien que usando de muchas precauciones para no ahuyentar al animal, lograba llegar hasta él sin ser visto ni sentido.

De esta manera lograban situarse á treinta pasos del jabalí, asegurando el resultado de sus disparos.

Cuando en vez de uno, perseguian á una manada, era mucho mas difícil la caza; porque en tales casos hay siempre un jabalí destinado esclusivamente á vigilar sobre la seguridad de la manada.

Algunos jefes indígenas se han aficionado á la caza del jabalí, como diversion y al propio tiempo como un medio de hacer alarde de su valor y de su destreza en la equitacion y en el manejo de las armas de fuego.

Durante el estío eligen para cazar las llanuras, en atencion á encontrarse en ellas muchos lagos y grandes pantanos, cubiertos de maleza y verdura. De junio á setiembre, en cuya época bajan considerablemente las aguas por efecto de los grandes calores que reinan en aquella parte del mundo, se refugian los jabalíes en algunos islotes cubiertos de espesa vegetacion; y para desemboscarlos basta incendiar aquellos bosquecillos. Este medio de cazar tiene un gran inconveniente para los europeos.

Como el rocío matinal es tan copioso en Africa que muchos dias produce el efecto de una menuda lluvia, es preciso, para que el fuego prenda en los bosquecillos, esperar á que pasen las primeras horas de la mañana y la cacería da principio bajo un calor sofocante é intolerable para todo el que no está acostumbrado á aquel clima.

El cuidado de incendiar los bosquecillos se confia á algunos peones: el fuego hace desembocar á los jabalíes y los ginetes cazadores, escalonados en la llanura, los persiguen segun que se dejan ver.

Mucho es el atractivo de esta clase de cacerías que no dejan de ofrecer peligros; pues sucede con frecuencia que el jabalí, despues de ser cargado por los cazadores y los lebreles, carga sobre ellos á su vez; y en tal caso, ¡desdichados perros! ¡desdichado el ginete que no ha sido bastante diestro para separar su cabalgadura de la línea recta que describe la fiera!

Los árabes son tan diestros en esta clase de cacerías, que siempre que las hacen con franceses, llevan ellos la mejor parte. Sin embargo, ha habido en el ejército francés cazadores que no reconocian rival; como los generales Mac-Mahon, Yusuf y D'Autemarre y el capitan de spahis de Arzel, Mr. Marguerite.

Hay otra clase de cacería del jabalí, mucho mas divertida que la anterior y que da mejores resultados.

Mas solo puede practicarse durante la primavera, en cuya época los jabalíes son muy madrugadores y salen en busca de pasto y de un arroyo, en donde permanecen hasta la caida de la tarde.

Los cazadores se informan con anticipacion de las entradas y salidas habituales de los jabalíes y á la hora oportuna se situan en la llanura, lindante con el bosque.

Al poco tiempo aparecen veinte, treinta ó mas puntos negros: son los jabalíes que han abandonado el bosque.

Entonces pónense en movimiento los cazadores, situándose de manera que interpuestos entre el bosque y el claro, impidan á aquellos la retirada.

Nada mas agitado, bullicioso y estimulante que la persecucion que cada cual hace á los jabalíes desde aquel momento.

Si al mismo tiempo se tiene cuidado de que ninguno de aquellos pueda volver á ganar el bosque, es fácil y frecuente quedar en el campo los cadáveres de toda la manada.

Previendo este resultado, suelen proveerse los cazadores de vehículos bastantes para trasladar el producto de la cacería á la poblacion de donde salieran.

Los franceses prefieren este modo de cazar el jabalí, por la hora á que se hace y que ellos llaman *entre lobo y perro*, como los árabes *entre chacal y perro*.

Otro de los atractivos que les ofrece es el poder correr sin riesgo detrás de los jabalíes por aquellas llanuras sin fin y en las que la vegetacion no es bastante para que el animal se oculte en la maleza. Ademas ocurre alguna vez que el cazador sorprende á alguna hiena ó bien una banda de chacales, y la diversion se aumenta en tal caso, con la persecucion y muerte de estas fieras.

Tambien suelen cazar los árabes el jabalí con lebreles durante las claras noches del estío.

Cuando los jabalíes bajan á cebarse en las mieses, reúnense el mayor número posible de ginetes y bajan desfilando uno á uno y seguidos de los lebreles á la llanura, calculando la hora á fin de encontrar ya en ella á los jabalíes.

Tan luego como estos son descubiertos, suéltanse los perros; los árabes lanzan tremendos alaridos, capaces de aterrar al hombre de ánimo mas esforzado y todos se desbandan y precipitan en seguimiento de los jabalíes. En estas ocasiones se ha observado que los de mas edad y mejores colmillos protegen la retirada de sus compañeros, haciendo cara á los perros que mas se encarnizan en su persecucion.

Si llega el caso de verse muy acosados por los lebreles, vuelven la cara, atacan á los lebreles, lanzándolos al aire y desgarrándoles el vientre con sus formidables colmillos y mantienen la lucha tanto tiempo como pueden ó creen necesario para dar lugar á que el resto de la manada se aleje de aquella peligrosa llanura y vuelva á ganar el bosque.

Cuando uno de esos animales hace cara y se defiende, todos los ginetes lo rodean y hacen fuego, acompañando los disparos con las mas enérgicas imprecaciones.

El jabalí, sin embargo, dando pruebas de su indómito valor, nunca sucumbe sin que muchos perros hayan quedado muertos ó mutilados á su alrededor.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

ESCENAS MARITIMAS.

III. (1)

PRELIMINARES DE VIAJE.

Hemos descrito en otra ocasion las sensaciones de un jóven marinero cuando abraza su profesion; y aunque á los catorce años el fastidio no suele ser muy intenso, y los arranques de impaciencia pasan á manera de meteoros al asomo de la mas insignificante distraccion, es lo cierto que los deseos de embarcarse crecian por momentos en el jóven de quien hablamos y que no hallaba ya sosiego en parte alguna.

Los marineros tienen por regla general, como nos diria un frenólogo, muy poco desarrollado el órgano de la *habitabilidad*.

Entre tanto, el buque en que nuestro héroe habia hecho su primer viaje concluyó de carenarse, se puso á la carga, envergó todos sus trapos y solo esperaba viento favorable para darse á la vela con destino al puerto de Alicante, desde donde pasaria á tomar sal en Torrevieja.

Un viaje desde las costas del mar Cantábrico á cualquiera de nuestros puertos de Levante suele ser mas largo que una espedicion á las Antillas, por la diversidad de vientos que el buque necesita para dar vuelta á la península, por los muchos cabos que tiene que montar y porque las costas de Portugal ofrecen en todos tiempos dilaciones y peligros sin cuento.

El padre del futuro muchacho de fogon podria volver á su casa á los dos meses; pero entraba en lo posible que tardase cuatro ó seis, y era preciso pensar sériamente en la colocacion del niño, antes de dejar el puerto, y mas cuando se descubria en él una aficion decidida por la mar y prometia llegar á ser con el tiempo un magnífico marinero.

Tal era al menos la opinion del autor de sus dias; y aunque por regla general, los padres ven siempre en sus hijos otros Sénecas, por torpes é inútiles que sean, en esta ocasion no le cegaba el amor paterno.

El chico prometia en efecto.

Pero antes de seguir adelante, vamos, con permiso de nuestros lectores, á localizar la escena y á dar personalidad á los actores que en ella introduzcamos. Este sistema que seguiremos constantemente en el curso de nuestro trabajo le hará á no dudarlo mas ameno y podremos así reunir en él lo útil y lo agradable, hasta donde nuestras débiles fuerzas alcancen.

Hemos entablado ya relaciones con tres personajes pertenecientes á una misma familia. Estos tres personajes deben tener sus nombres propios y residir en alguna parte: los llamaremos, si los lectores del MUSEO UNIVERSAL no lo han por enojo, Andrés Cotarelo, Adelaida y Ceferino y los haremos naturales y vecinos de Rivadeo, puerto situado en el confin oriental de Galicia sobre la pintoresca ría que forman las aguas del Eo antes de perderse en el mar Cantábrico.

Andrés tiene cuarenta años, es alto, bien formado y al través de su adusto semblante, ennegrecido por el influjo del sol y de las olas, se vislumbra un corazon noble, bueno y generoso. En su juventud fue una figura interesante y mas de un alma femenil se enredó en lo ensortijado de su negra y brillante cabellera. En el dia es un buen contramaestre, un escelente esposo y un padre tierno, á la par que severo.

Adelaida ha cumplido treinta y dos años, de estatura regular, esbelta y de formas delicadas, con ojos negros, grandes y rasgados, nariz aguileña y algun tanto pronunciada y tez pálida y morena: todo en ella respira pasion y sentimiento. Si algun novelista moderno se apoderase de este tipo, la llamaria una mujer espiritual.

Hija del capitan del buque en que Andrés navegaba durantes los primeros y mejores años de su vida, le veia en su casa á todas horas, desde su mas tierna edad, y apreciando primero en su justo valor las buenas prendas que le adornaban, habia concluido por amarle con delirio y unir su suerte á la del jóven grumete, á pesar de que su padre la destinaba á un esposo en cuya compañía no echase de menos las comodidades á que estaba acostumbrada.

Pero Adelaida, siguiendo los impulsos de su corazon entusiasta, y comprendiendo que la felicidad conyugal no estriba tan solo en las riquezas, supo vencer la repugnancia de su padre y fue la esposa de Andrés Cotarelo sin que haya tenido hasta el presente motivos para arrepentirse de su eleccion.

Ceferino es el primer fruto de esta union, es el niño que vimos jugando en la playa, que seguimos en su primer viaje: es, en fin, nuestro héroe.

Su buena y cariñosa madre habia reconcentrado en él todos sus cuidados, se habia esforzado en formar aquel tierno corazon para el bien, y á costa de sacrificios, y privándose á menudo de lo mas preciso, le habia mandado á la mejor escuela del pueblo, y jamás se olvidaba de encargar á su marido que trajese á la vuelta alguna friolera para regalar al maestro.

En sus ilusiones maternas no se contentaba con que su Ceferino fuese un simple marinero, deseaba ver en sus manos, primero, el pito de contramaestre, despues, las cartas y el sestante del piloto, y por último soñaba con que llegaria un dia en que le confiriesen el mando de un bergantin ó de una fragata.

—Que le vea yo mandando un buque y con un capital que le permita pasar su vejez en tierra.—Hé aquí lo que aquella escelente madre pedia al Señor en todas sus oraciones.

El niño correspondia á los tiernos cuidados y á la entrañable solicitud de Adelaida. A la edad en que le presentamos en escena sabia leer y escribir perfectamente. Poseia nociones de aritmética, cual ninguno de su clase; recitaba trozos estensos de la historia nacional, buscaba en los mapas los mares y los puertos para poder decir á su buena madre.—Por aquí estará en este momento mi padre; dentro de dos ó tres dias montará este cabo, despues seguirá este rumbo y ya le teneis dando fondo en este puerto.

Y gozaba tanto Adelaida con estos estudios prácticos de su hijo, que los dos se pasaban horas enteras sobre el mapa siguiendo de memoria al buque en que Andrés Cotarelo navegaba.

Ceferino comprendia con prontitud y facilidad las esplicaciones de su maestro; poseia un carácter observador; tenia una estremada viveza y discurria con una rectitud poco comun en un niño de catorce años. Unida esto una fisonomía espresiva y simpática y comprendereis que las alhagüeñas ilusiones de su cariñosa madre no carecian enteramente de base.

(1) Continuamos la série de artículos principiada en los tomos anteriores.

Habia materiales bastantes para levantar el edificio; lo demás era cuestion de tiempo, y Adelaida tenia en Dios una fe y una esperanza sin límites.

Bien hubiera querido que su hijo se dedicase desde luego al estudio del pilotaje, á fin de que pasase por alto lo mas penoso de la carrera; pero no habia por entonces en Rivadeo ningun marino que se dedicase á dar aquella enseñanza, enteramente libre hasta la creacion de las actuales escuelas de náutica; y sus recursos, que á fuerza de economías, apenas le bastaban para cubrir las atenciones ordinarias de su casa no le permitian sostener á Ceferino fuera del pueblo.

Fuéle preciso renunciar, por lo mismo, á esta idea seductora y pensar en embarcarle, por mas que su corazon se lacerase al solo recuerdo de los trabajos y penalidades, y sobre todo de los malos tratamientos y privaciones porque tendria que pasar su pobre niño y al considerar que los perniciosos ejemplos de malas compañías podrian destruir en poco tiempo la obra que tantos sacrificios y tantos desvelos le habia costado levantar.

¡Si á lo menos fuese en compañía de su buen padre! Pero esto era imposible de todo punto imposible: Andrés se lo habia dicho ya mil veces.

Y Andrés tenia razon.

Los marineros no tratan muy cariñosamente á los que llevan plaza inferior en el buque, y un padre no podria ver con calma que maltratasen á su hijo, por mas que reconociese la razon del castigo; tendria á cada momento reyertas y cuestiones desagradables con sus camaradas, y quizá el niño, confiando en tener un defensor se esmeraria poco en llenar unos deberes de suyo penosos, y no llegaria jamás á ser un hombre de provecho.

Es una máxima corriente entre las gentes de mar la de que unos cuantos golpes de rebenque, oportunamente aplicados, hacen milagros, y están en la persuasion íntima de que no hay mejor maestro, al principio de la carrera, que un buen chicote.

CANTINERA DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA. (DE FOTOGRAFÍA.)

Esto no deja de ser una barbaridad; pero es una barbaridad generalmente admitida como artículo de fe, y mientras el tiempo y la ilustracion no la desarraiguen de nuestros buques, hay que conformarse con ella.

Las preocupaciones y las creencias que se hallan incrustadas, digámoslo así, en el corazon de los pueblos y que con razon ó sin ella han recibido la sancion del tiempo, no se destruyen en cuatro dias.

Por esto la buena y cariñosa Adelaida habia consentido al fin, despues de derramar muchas lágrimas y de pasar muchos momentos de insomnio y angustia, en que su hijo querido, el niño de sus entrañas, navegase solo y por su cuenta: era un inmenso y penosísimo sacrificio que hacia en las aras del porvenir de Ceferino.

Desde entonces solo se pensó en proporcionarle buque y en preparar su pequeño y modesto equipaje.

No faltaban embarcaciones en la ría; Andrés Cotarelo gozaba de muy buena reputacion entre la marinería; se habia adquirido, por su carácter y buenas prendas, bastantes relaciones entre capitanes y armadores, y la empresa de colocar á su hijo no era ciertamente muy difícil. En varias de las que se estaban preparando para hacerse á la mar le habian ofrecido para Ceferino la plaza de muchacho de fogon, y no tenia mas que elegir.

Mas para un hombre que como Andrés Cotarelo sabia muy bien el pié de que cojeaban cuantos marineros de todas clases, edades y condiciones habia en diez leguas á la redonda, y que conocia como el primero, las buenas y las malas propiedades de los buques surtos en la ría, en la eleccion estaba el todo.

Encontrar un buque velero, limpio y seguro, propiedad de un armador que no bien llegase al puerto le proporcionase otro viaje, evitando así que la tripulacion consumiese, en dos ó tres meses de descanso, los ahorros de un año de faenas y peligros; mandado por un capitan inteligente, probo y honrado que no se enriqueciese á costa del sudor de la gente, y tripulado en fin por marineros lo mas humanos posible y entre los cuales tuviese á lo menos un amigo que sirviese de amparo y de mentor á su hijo, hé aquí los deseos y las aspiraciones de Andrés, aspiraciones y deseos tan naturales en un padre, como difíciles, sino imposibles, de satisfacer.

Así es que se pasaban los dias y se acercaba por momentos el de su partida y el niño estaba aun sin colocar. Esto le tenia apesadumbrado: su buena esposa fluctuaba entre el placer de tener al niño algunos dias mas á su lado y el sentimiento de no verle ya embarcado, y el fastidio de Ceferino llegaba hasta el punto de desear una plaza en el patache mas pequeño y estropeado del puerto con tal de perder de vista la tierra.

Una tarde llegó Andrés á su casa mas triste y preocupado que de costumbre. Venia de la atalaya; habia visto la puesta del sol, habia consultado el cariz é interrogado los semblantes, y los semblantes le habian dicho —mañana saldrás á la mar;—y como no estaba acostumbrado á que los semblantes le engañasen, se persuadió de que al dia siguiente tendria que abandonar á su mujer, dejando á su hijo sin embarcar.

Adelaida le esperaba, sentada á la puerta de la casa, ocupada en arreglarle la ropa para el viaje. Su corazon latió de sobresalto al ver á su esposo desde lejos tan ensimismado y pensativo, como si adivinase lo que por él pasaba: la mujer que ama es un lince para sorprender las emociones secretas del ídolo de su cariño, aun cuando las cubra con el velo del mas refinado disimulo.

Andrés se acercó á su esposa, procurando sonreirse; la dió cariñosamente dos golpecitos en el hombro, entró á buscar una silla y se sentó á su lado. Varias veces se abrieron sus labios para dar paso á una palabra y otras tantas se cerraron sin que esta palabra saliese. Su corazon latia con violencia; se quitaba el sombrero, le daba veinte vueltas en la mano y se lo volvia á poner, para quitárselo á los dos segundos y darle vueltas y encasquetárselo de nuevo.

Idólatra de su mujer, á quien amaba mas que en el dia de sus bodas, jamas se apartaba de su lado, por corto que fuese el viaje que debia emprender, sin pasar unas cuantas horas de angustia antes de pronunciar el terrible—me marcho.—La víspera del dia en que su buque debia darse á la vela, no comia, ni dormia con sosiego: solo se cuidaba de prodigar á su buena esposa las mas tiernas caricias, como si tratase de indemnizarla de los disgustos y sobresaltos que la ocasionaria su ausencia.

¡Es ademas tan incierta la vuelta del marinero!...

La pobre Adelaida le miraba temblando y á hurtadillas, como resistiéndose á comprender la realidad; su corazon se fue oprimiendo por grados sensibles; dos gruesas y ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas; dejó la costura, puso ambas manos sobre las rodillas de Andrés y le contempló estasiada por unos momentos.

Al fin la infeliz esposa no pudo resistir la violencia de sus emociones y se arrojó sollozando en los brazos de Andrés.

¡Qué raudales de sublime poesía no encerraba aquella escena en que dos corazones enamorados se hablaban y se comprendian en silencio!

Las nubes se rasgaron para que el astro de la noche contemplase aquel grupo digno del pincel de Murillo.

—¡Adelaida! esclamó Andrés balbuceando; ¿por qué lloras?

Y el infeliz lloraba tambien de placer y de angustia.

—¡Oh! ¡Por San Telmo, continuaba, esforzándose en parecer sereno; cualquiera diria al vernos tontear de este modo, que vamos á separarnos por primera vez.

La palabra—¡me marcho!—habia salido ya, aunque un tanto disfrazada, de los labios del marinero y sintió su corazon aligerado del enorme peso que le oprimia.

Renunciamos á seguir reseñando esta escena de ternura y sentimiento, en que el amor conyugal terminó por dejar el puesto á otro amor no menos puro y sublime.

Ceferino no se habia embarcado aun y su padre debia marchar al dia siguiente.

Afligidísimos estaban los dos esposos por este contratiempo, cuando la casualidad, á que se han debido tantas y tan buenas cosas, hizo que se llegase á ellos, como llovido del cielo, un antiguo compañero y amigo del buen Andrés, cuyo buque habia fondeado en Porcillan aquella misma tarde.

El nuevo personaje que presentamos en escena, llamado Pedro Monteavaro y que navegaba de contramaestre en el bergantin Relámpago, propiedad de los señores Bengochea y compañía, era un hombre alto y corpulento, de gesto algo duro, pero alegre y decidor en estremo, sobre todo despues de haber apurado un par de copas de aguardiente.

Navegando constantemente desde la edad de diez años, era reputado como uno de los mejores marinos de aquellas costas, y los capitanes se lo disputaban á porfía, porque difícilmente se hubiera encontrado un timonel mas entendido y seguro para los trances desesperados, ni un brazo mas formidable que el suyo para picar un palo de cuatro hachazos y hacer saltar un obenque, si estando el buque á punto de zozobra se necesitaba un esfuerzo supremo é instantáneo para salvarle del peligro.

Pedro Monteavaro, á pesar de su esterior adusto y de un aire de perdonavidas que le hacia temible entre sus camaradas, atesoraba un corazon generoso y compasivo para con los débiles y era citado como un dechado de ternura poco comun en los hombres de su temple. Jamás se le habia visto castigar cruelmente, y sin un motivo muy poderoso, á los muchachos ó grumetes que navegaban en su compañía.

Hé aquí lo que Andrés Cotarelo necesitaba.

Pocas palabras bastaron para que el contramaestre del Relámpago comprendiese la causa del pesar que abrumaba á los dos esposos á quienes queria entrañablemente.

Aquella misma noche, y despues que Cotarelo se habia dormido, se veia á la débil y vacilante luz de una lamparilla, una figura blanca que, de hinojos sobre la cama, elevaba al cielo sus negros ojos arrasados de lágrimas.

Era la tierna Adelaida que daba gracias al cielo porque su Ceferino tenia ya plaza en el bergantin Relámpago, y pedia al que tiene en sus manos las riendas de la tormenta un viaje próspero y feliz para su querido esposo.

B. MENENDEZ.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.